

Pedro RODRIGUEZ

Actas del tiempo que llaman de la Reforma

la guerra del «no»

CAMIONES de veinte toneladas, hasta los topes, salen cada mañana del cuartel general de la Casa de Campo, pabellón de Agricultura, a la batalla del referéndum. La segunda etapa de la campaña comienza a correrse mañana. Es la de las regiones. Todas estrenarán una escuadrilla de «slogans» en «sí» mayor. Todas, excepto el País Vasco, donde el «Vota sí» será lacónicamente sustituido por un simple «Vota». Si aquí hubiera —¿pero no lo hay?— un «Gallup» semanal indicaría que

la aceptación del referéndum se mantiene en la segunda semana en las cifras previstas por los optimistas: 70-75 por 100 de asistencia a las urnas, 80-85 por 100 de «sí». El «no» ha subido centésimas tras la intervención de Blas Piñar en televisión. Lo de Piñar fue un «triller», un avance de lo que será el parlamentarismo —porque Piñar va a tener su escaño en el extremo derecho del hemicycle del futuro Senado— y el descubrimiento, fuera gorros, de uno de los «picos de oro» de este país. Aun hoy por hoy, a Piñar le dura un Felipe González dialécticamente un par de asaltos y con eso habrá que contar, como en Hollywood contaban con John Barrymore.

Lo que ocurrirá a partir de hoy, después de una traca de mitines «absten», es que habrá una desactivación de la campaña «no votes», cuyo más demoleador «slogan» ha sido «Reserva tu voto para la Democracia». Y un lanzamiento por todo el país del arma secreta del «búnker»: el «Franco votaría no». Por primera vez en este país, el comunismo y un franquismo de oficio se han unido en la idea de que el Gobierno no se salga con la suya. Otra vez, la losa de mil quinientos kilos que cubre el cuerpo, la memoria y el ejemplo de un español ilustre y de un estadista histórico ha sido movida para una batalla política: la de un extrema derecha a cuyos brazos han ido a parar, incomprensiblemente, miles de españoles leales y desorientados. Un «búnker» increíble, dispuesto a morir con los votos puestos va, con toda seguridad, a obligar a aquel enorme español que se llama Franco a que pierda por primera vez un referéndum, contra la opinión de lo que todavía es, en gran medida, el pueblo que respeta su recuerdo. Si a Franco se le va a hacer «póster» y munición y octavilla y bandería, ¿se me permite suponer que José Antonio votaría «sí» y el Cid Campeador se abstendría...?

Enfriado el «abstente» y calentado el «no», la oposición se va a reservar para las «generales». Un «pool» de publicistas ofrecieron a la izquierda una campaña del «abstente». El mínimo «para que se note» eran 50 millones y comprendía todos los medios, excepto, claro, televisión. La izquierda, que es inteligente como un rayo, dijo que

eran 50 millones perdidos al fin y al cabo, y que mejor reservarlos para las «generales». Ahí nos vemos: muchas agencias de publicidad tienen en el tablero bocetos de campañas para partidos. El precio mínimo, teniendo en cuenta que, por ejemplo, Codorniu se acaba de gastar 17 millones en mil vallas en toda España, será de 200 millones campaña mensual en todos los medios, excepto otra vez televisión, que son palabras mayores: 200 millones ahora mismo, a golpe de talón, no los tiene, probablemente, más que «Alianza», «Pesoé», «Pecé» y quizá Democracia Cristiana. Las agencias han recibido un encargo suplementario: pensar en cazar, como sea, el voto femenino, que es el 52 por 100 del censo, y que aparte del «sex-símbol» de Felipe González, está como muy indeciso.

Por lo demás, la Administra-



Piñar: un orador para un «no»

ción sabe: 1) Que el referéndum pasará rozando el larguero del «sí» en Cataluña y el País Vasco; y 2) Que si algún resquicio de pucherazo quedase, sería para rebajar una probable «abrumadora victoria». El Gobierno no puede, en plena dieta de triunfalismo, permitirse el lujo, como aquellos gobernadores que conseguían en su provincia un 105 por 100 de «sies», más allá de «una discreta y clara anuencia»...